

Kristina Ohlsson

# LOS NIÑOS DE CRISTAL



 DESTINO

LA ISLA DEL TIEMPO

# LOS NIÑOS DE CRISTAL

Kristina Ohlsson

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2014  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Glasbarnen*  
Copyright © Kristina Ohlsson 2013  
Published by agreement with Salomonsson Agency  
© de la traducción: Mónica Corral y Martin Lexell

© Editorial Planeta S. A., 2014  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: abril de 2014  
ISBN: 978-84-08-12712-3  
Depósito legal: B. 4.163-2014  
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.  
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917 021 970 / 932 720 447.



Nadie sabía adónde se había ido la familia que antes vivía en la casa. Un día, sin más, hicieron las maletas y se marcharon. Desde entonces, el lugar permanecía vacío.

—Me llamaron en junio —explicó el hombre que estaba enseñando la casa a Billie y a su madre— para decirme que el padre había conseguido un trabajo nuevo y que por eso tenían que mudarse inmediatamente. Luego me preguntaron si los podía ayudar a venderla.

El hombre subió la escalera hasta la puerta mientras negaba con la cabeza. Billie sentía que sus dudas aumentaban. ¿Era ahí donde iban a vivir ahora? La madre de Billie se volvió y le sonrió. Se trataba de una sonrisa nueva que le había visto por primera vez el año anterior, cuando el padre de Billie se puso enfermo. Una sonrisa triste que te hacía pensar en los payasos del circo.

El hombre abrió la puerta y entró en la casa, seguido por Billie y por su madre.

—Cuando me pidieron ayuda, no pude decirles que no, claro. Es cierto que no soy agente inmobiliario, pero vender una casa lo puede hacer cualquiera. Lo que pasa es que cuando se marcharon no tenía tiempo para ocuparme del asunto, y luego, de pronto, llegó el otoño, y después el invierno, así que los llamé para decirles que sería mejor esperar hasta el verano siguiente.

—¿Ha venido mucha gente a ver la casa? —preguntó la madre.

El hombre dudó antes de responder.

—Bueno, mucha mucha, no, pero sí algunas personas —contestó—. Y unas cuantas estaban interesadas en comprarla.

A Billie le pareció que el hombre mentía. Se le daba bien descubrir mentiras, se notaba mucho en la voz cuando la gente no decía la verdad. Como aquella vez que le preguntó a su madre si papá iba a morir y ella le respondió que cómo se iba a morir, pero qué tonterías decía, claro que no. Entonces Billie se dio cuenta enseguida de que estaba mintiendo.

El hombre les enseñó la casa. En la planta de arriba había dos habitaciones bastante grandes con los techos abuhardillados. En la planta baja estaban la cocina, el salón, un cuarto de invitados y el baño.

—La cocina es pequeña —constató Billie.

—No necesitamos más —replicó su madre.

Billie miró a su alrededor. Se trataba de una casa vieja. Según el folleto que el hombre les había dado, tenía casi cien años. Era de madera y la habían pintado de azul. La pintura

se estaba agrietando, de eso ya se había dado cuenta cuando estaban en el jardín.

—La casa se pintó hace muy pocos años —dijo el hombre—. Antes era amarilla.

Se encontraban en uno de los dormitorios de la planta de arriba. A Billie, el aire le pareció irrespirable. Además, olía raro, como si en los últimos veinte años no hubiera vivido nadie allí. Le daba igual si la casa había sido verde o amarilla o negra antes que azul, lo único que quería era marcharse de esa casa y volver a la suya.

A su casa de Kristianstad, en la que había vivido sus doce años de vida y de la que nunca querría irse. A su madre se le había metido en la cabeza que debían mudarse ahora que se habían quedado solas. A Åhus, un pueblo a unos veinte kilómetros, donde la madre había vivido de pequeña. Billie pensaba que estaban bien como estaban. Además, cambiar de casa no haría que volviera su padre.

—Queda bonita de azul —comentó su madre—. De amarillo también, pero entiendo perfectamente que los anteriores propietarios se decidieran por el azul. ¿Cuánto tiempo vivieron aquí?

Salieron del dormitorio.

El hombre respondió con evasivas.

—Pues no me acuerdo muy bien. ¿Tres, cuatro años quizá? Como les he comentado, cuando la madre consiguió un nuevo trabajo todo fue un poco precipitado.

—¿No era el padre? —intervino Billie.

El hombre la miró con determinación.

—No, era la madre.

La habitación se quedó en silencio, y Billie oyó un ruido procedente del tejado; sonaba como si alguien corriera de un lado a otro por encima de las tejas con pasos apresurados.

—Pájaros —anunció el hombre—. Pero uno se acostumbra al sonido enseguida.

Billie sintió escalofríos. Había algo desagradable en la casa. Hacía frío y estaba sucia.

Y además estaban todos aquellos muebles que los antiguos propietarios habían dejado. Su madre se dio cuenta de que Billie los miraba, por lo que le preguntó al hombre cuándo irían a recogerlos los dueños.

El hombre carraspeó.

—Bueno, si lo he entendido bien, la casa se vende con los muebles incluidos —explicó—, o no se vende.

Su madre se sorprendió.

—¿Quiere decir que si no me quedo con los muebles no puedo comprar la casa?

—No hace falta que pague por ellos —replicó el hombre—. Pero no vendrá nadie a recogerlos.

—Entiendo —dijo su madre.

Pero Billie vio que no entendía nada.

¿Quién se muda sin llevarse sus cosas?

—Salgo al jardín y las espero allí, así pueden echar un vistazo solas —anunció el hombre antes de bajar la escalera.

Oyeron cómo cerraba la puerta de la calle y enseguida lo vieron a través de la ventana.

—¿Qué te parece? —se interesó su madre—. No te fijes en los muebles, no van a estar. Y ten en cuenta que podemos pintar y renovar la casa a nuestro gusto.

A Billie se le hizo un nudo en la garganta. Sólo había pasado un año desde que pintó su habitación en la ciudad. Su padre la había ayudado, y se preguntaron por qué se cansaba tan rápido y por qué le dolía tanto la espalda.

—No quiero vivir en Åhus —contestó—. No tengo amigos aquí, toda la gente que conozco vive en la ciudad. Y además no me gusta la casa.

—¿Qué le pasa a la casa? —quiso saber su madre.

Billie no sabía por dónde empezar. Había polvo por todas partes, y los cristales de las ventanas estaban muy sucios. Los pájaros no paraban de corretear de un lado a otro en el tejado, y del suelo y las paredes salían chasquidos.

—Es que es muy... es muy vieja —dijo Billie al final.

—Pero cariño, también la nuestra en la ciudad lo es.

A Billie le picaban los ojos, y se restregó la cara en la manga de la camiseta.

No le gustaba la casa, y punto.

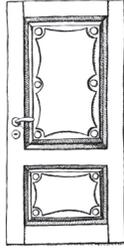
—Voy abajo —anunció su madre—. Ven cuando acabes de mirar.

La escalera crujió bajo los pasos de su madre y, acto seguido, Billie la oyó abrir y cerrar las puertas de los armarios de la cocina.

Billie entró en la otra habitación, la que sería suya si se

mudaban. Estaba llena de cosas, estanterías y muebles. Junto a una de las paredes había una cama con una colcha verde, y en uno de los rincones una mesa de madera que alguien había pintado de rosa. En la mesa se veía un cuaderno para dibujar y ceras, y justo al lado un buen montón de dibujos. Parecía como si alguien hubiese estado sentado pintando y sin más se hubiera levantado y marchado.

Para no regresar nunca.



Se mudaron cuatro semanas después. Billie no acababa de entender cómo había ocurrido.

—Quiero que vivamos aquí —dijo su madre.

Y dicho y hecho.

Porque su madre había crecido en Åhus y siempre había deseado regresar a su pueblo. Porque quería que volvieran a empezar en otro lugar, pero cerca de Kristianstad.

Billie no tuvo fuerzas para discutir. Por lo menos, su madre accedió a que siguiera en el mismo colegio, en la ciudad, con sus compañeros de siempre.

—Tenemos que limpiar —anunció su madre cuando entraron con las cajas de cartón de la mudanza.

Billie estuvo de acuerdo. Si algo tenían que hacer era limpiar, eso estaba clarísimo.

Era julio. Estaban en plenas vacaciones de verano y Billie no era capaz de recordar en qué había empleado el tiempo desde que acabaron las clases. A sus amigos parecía gustar-

les la idea de que se mudara a Åhus porque así podrían visitarla durante las vacaciones. Ir con la bici hasta la playa y bañarse en el mar. Comer helado en el puerto. Billie intentaba dar la impresión de estar igual de contenta que sus amigos, pero seguía sin conseguirlo. Sólo pensaba en el polvo y en la suciedad, y en todas las cosas que la anterior familia había dejado en la casa.

Casi como si todavía vivieran allí.

La semana antes de trasladarse, Billie y su madre fueron a visitar a sus abuelos a Lund. Cuando llegaron, el abuelo tenía la barbacoa encendida y la abuela preparaba patatas nuevas. Ellos también parecían pensar que era una buena idea que se mudaran.

—El cambio de aires os vendrá muy bien —comentó el abuelo mientras le acariciaba la mejilla a Billie.

Entonces ella empezó a llorar. El abuelo, incómodo, se puso a toser y a parpadear mientras se quejaba del humo de la barbacoa y de lo mucho que le molestaba a los ojos; pero Billie se dio cuenta de que él también estaba triste.

Había llorado tanto cuando su padre murió que creía que ya no le quedaban más lágrimas. Pero sí que le quedaban. La mayoría de las veces aparecían por la noche, aunque en ocasiones también durante el día. Ningún otro invierno ni primavera habían sido tan horribles.

Todavía conservaban la casa de la ciudad, pero pronto la pondrían a la venta. Billie esperaba que nadie fuera a verla y que tuvieran que regresar a vivir allí. El agente inmobiliario pensaba que se vendería con mayor facilidad si estaba

amueblada, por lo que su madre decidió que era mejor que esperaran un poco más antes de trasladar sus cosas a la casa nueva.

—Como hay tantos muebles allí, y hasta que nos haya dado tiempo a deshacernos de todo... —dijo.

Pero entonces Billie se negó.

—¡Ni hablar! ¡No pienso acostarme nunca en esas asquerosas camas! —gritó.

Su madre estuvo de acuerdo. Cambiarían las camas, pero de momento usarían el resto de los muebles.

El día que trasladaron sus trastos hacía mucho calor. Billie recogió las cosas que estaban tiradas por su habitación y las metió en unas cajas grandes de cartón que su madre había traído. Limpió la mesa rosa, ésa donde parecía que alguien hubiera estado dibujando, y también recogió los dibujos con mucho cuidado. No estaba segura, pero pensaba que los había hecho una chica. La mayoría eran en blanco y negro; sólo había unos pocos de colores.

En los dibujos aparecían imágenes diferentes: un gato grande sentado en una piedra, un montón de árboles, que Billie pensó que representaban un bosque, con un chico que se asomaba por detrás de uno de los troncos...; en otro se veía a una niña que parecía muy enfadada.

Billie los colocó en el fondo de la caja y puso encima otras cosas. No le gustaba que las huellas de la otra familia fueran tan visibles. Su madre hablaba de que tenían que empezar de nuevo, pero ¿cómo podía algo darte una sensación de nuevo en una casa tan vieja?

Su madre se asomó a la puerta.

—Voy a salir a hacer la compra. ¿Me acompañas?

Billie se quedó pensando. No, no quería ir a comprar.

—Vale —asintió su madre—. Enseguida vuelvo.

Y así fue como Billie se quedó sola por primera vez en la casa nueva.